

cas, despues de setecientos años de yugo despótico, obligaron á florecer nuestra frondosa tierra al elevado extremo de una época feliz, que á la memoria entristece, y que respeta la historia.

Pero el nieto de nuestros reyes católicos y de Maximiliano de Austria, Carlos I. y V. de Alemania, en quien se reunieron todas las coronas de España, con las de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Franco Condado, y Paisés-baxos, hubo de preferir la conservacion de sus vastos dominios, al enriquecimiento de unos límites moderados. Debilitó su fuerza relativa por aumentar la fuerza real; máxima que lleva destronados á casi todos los conquistadores del mundo. A Felipe II., que heredó los dominios, y las intenciones de su padre, se agregaron las extensas regiones, que ocuparon en el nuevo mundo Cortés y Pizarro. Sin hombres, sin fuerzas, sin cabeza para acudir á la vez á puntos tan distantes como inmensos, hubo de sacrificar la prosperidad de nuestro suelo á la vana gloria de que el sol jamás se ocultaba en sus dominios. Aquí principió la decadencia española. Los brazos tutelares reproductores de la agricultura, y de sus hijas la industria y las artes, hubieron de abandonarlas, por ocuparse en defender el terreno adquirido, transmigrando á regiones distantes y á climas desconocidos. La guerra se hizo casi permanente. La educacion, no hallando estímulos en las clases pro-

